

## **LA CRISIS HEGEMÓNICA EN AMÉRICA LATINA**

América Latina atravesó períodos históricos claramente diferenciados durante las últimas décadas, cuyas transiciones provocaron procesos de profunda y constante inestabilidad social y política, que marcan la historia de nuestro continente, un continente de revoluciones y contrarrevoluciones.

### **EL MODELO DESARROLLISTA**

Como reacción ante la crisis de 1929 se organizaron, de diferentes maneras, reacciones que promovieron distintos grados de desarrollo industrial, de fortalecimiento del mercado interno, de construcción de proyectos nacionales. Este período tuvo inicio en la década del treinta, se prolongó con el largo ciclo expansivo del capitalismo internacional de la segunda posguerra y produjo una gran novedad histórica. Hasta ese momento la periferia capitalista estaba condenada a ser exportadora primaria, mientras que la industrialización era monopolio de los países del centro del capitalismo. La teoría del comercio internacional se encargaba de

teorizar y justificar la aceptación de esa modalidad de división del trabajo internacional heredada de la era colonial.

Se caracterizaron tres grupos de países, según su posible reacción a la crisis de 1929: los que lograron asumir proyectos de industrialización sustitutiva de importaciones de modo de transformar la estructura productiva del país (Argentina, México, Brasil); los que dieron pasos en esa dirección (Perú, Chile, Uruguay, Colombia); y los restantes, que no lograron salir de las estructuras de exportación primaria. Aún así, por más que operase el "privilegio del atraso", propiciado por la ley del desarrollo desigual y combinado, la industrialización atrasada encuentra un mercado mundial constituido, con el cual debe acertar cuentas para poder insertarse.

Las modalidades dependientes de industrialización periférica fueron debidamente analizadas por Ruy Mauro Marini (Nota: Ver Ruy Mauro Marini, *A dialética da dependência*, org. Emir Sader, Ed. Vozes, Petrópolis, 2000), con la acumulación dirigida hacia la exportación y la alta esfera del consumo, centrada en procesos de superexplotación del trabajo, con las consecuencias sociales que se inscribieron profundamente en las estructuras sociales de nuestros países –el continente de

mayores desigualdades entre todos, por lo tanto, el más injusto del mundo.

América Latina transformó su fisonomía como nunca antes lo había hecho en su historia, ya sea desde el punto de vista del desarrollo de las fuerzas productivas, como de la constitución de las clases sociales fundamentales, en la expansión de la capacidad de regulación, de realización de políticas sociales, de fomento de la producción por parte del Estado, o en la elaboración de proyectos nacionales, en la organización de fuerzas sociales y políticas, en la formación de identidades culturales. Los procesos de movi- lidades sociales tenían carácter ascendente, principalmente desde el sector primario hacia el secundario o el terciario, lo cual significaba la adquisición de contrato formal de trabajo, la promoción a la ciudadanía social. Así se fue constituyendo un gran proletariado urbano, mientras se expandían los sindicatos, se fortalecían los partidos de carácter popular, se desarrollaba una cultura ciudadana, de derechos, de democracia política y social, a pesar de la profunda desigualdad social.

Ese período desembocó, al final del largo ciclo expansivo latinoamericano, en grandes conmociones sociales y políticas (dictaduras militares, movimientos guerrilleros, triunfos revolucionarios). En

el telón de fondo se encontraban el fin del ciclo desarrollista, de la capacidad reguladora del Estado, de la expansión del mercado interno de consumo masivo, de los movimientos nacionalistas y de las alianzas de clase entre sectores de la burguesía industrial y fuerzas representantes de los trabajadores y del campo de la izquierda.

Terminaba un período hegemónico por un bloque de clases en el poder que había adquirido un cierto grado de estabilidad, porque estaba fundado en un proyecto que articula un modelo de acumulación de capital, que proyectaba intereses comunes de expansión del mercado interno de consumo, de integración de contingentes crecientes de trabajadores a la economía formal, de fortalecimiento del rol del Estado, de defensa, en cierta medida, del mercado interno, de promoción del desarrollo económico.

### **LA HEGEMONÍA NEOLIBERAL**

Una vez agotado el modelo y concluido el período, después de un tenso proceso de transición, se instaló un modelo neoliberal en un mundo dominado por la hegemonía imperial norteamericana. La desregulación –tema estratégico del nuevo modelo– no propició un nuevo ciclo expansivo, sino

una brutal y masiva transferencia de capitales del sector productivo al especulativo. Liberado de sus trabas, el capital migró fuertemente hacia el sector financiero, comprando papeles de las deudas de los Estados y circulando en las bolsas de valores.

Al mismo tiempo se debilitó la capacidad reguladora de los Estados como también, y a consecuencia de la generalización de los endeudamientos y de las cartas compromiso impuestas por el FMI, se retrajeron las políticas sociales, con procesos de privatización del patrimonio público y de apertura e internacionalización de las economías.

Se instalaba un nuevo bloque en el poder, hegemonizado por el capital financiero aliado a los grandes grupos exportadores, con un nuevo protagonismo de los agronegocios, en los cuales la soja pasó a tener un papel dominante. El punto más frágil de las alianzas pasó a ser su débil capacidad de creación y reproducción de bases populares de apoyo. El nuevo bloque logró incorporar sectores de la clase media alta reciclados en los procesos de globalización de la economía, provocando una gran fractura en las capas medias, en las cuales los sectores tradicionales tendían a la proletarización.

El nuevo modelo, a pesar de su inicio fulgurante, contando con gran apoyo internacional, con

un respaldo prácticamente unánime de los grandes medios masivos de comunicación privados, fue aclamado como el gran instrumento de estabilidad financiera, de saneamiento de las finanzas públicas, de promoción de un nuevo ciclo de modernización y expansión de la economía. El control inflacionario fue llevado a cabo a costas del aumento exponencial de la deuda pública, con tasas de interés altas, teniendo como telón de fondo el reemplazo del objetivo de desarrollo económico por el de estabilidad financiera, en un continente que arrastraba grandes problemas económicos y sociales no resueltos.

Después de un período en el que el control inflacionario le imprimió aires de victoria al nuevo modelo, comenzaron a sucederse tempranamente las crisis que revelaban la capacidad limitada de reproducción de sus condiciones de existencia –México 1994, Brasil 1999, Argentina 2001-2002. La apertura de las economías, aliada a la dependencia estructural del capital especulativo, produjo fragilidades que permitieron dichas crisis y revelaron las debilidades del nuevo modelo, sin que hubiese cumplido sus promesas de reanudación de la expansión económica, de modernización y de generalización de la posibilidad de consumo para todos.

¿Por qué sucedió esto, si el bloque occidental, con los Estados Unidos como líder incuestionable, triunfó en la guerra fría, con la desaparición del campo que se le oponía y representaba otra propuesta de sociedad y de visión del mundo? ¿Por qué sucedió esto, si hubo una transición generalizada, asumida por prácticamente todas las fuerzas del espectro político e ideológico, desde el modelo regulador hasta el modelo neoliberal?

El factor central fue que, en la crítica al rol regulador del Estado, que ejercería un papel incómodo frente a la libre realización del capital, estaba enquistada la tesis de la libre circulación, en una creencia real de que "el mercado es el mejor destino para los recursos", lo que en la práctica significó una masiva transferencia de capital del sector productivo hacia el especulativo. Éste, como expresión del fenómeno estructural del período de excedentes de capitales, no sólo bloqueará la posibilidad de un nuevo ciclo extenso expansivo de la economía, sino que también significará la hegemonía del capital financiero, bajo su forma especulativa.

Por su parte, el proceso de acumulación financiera no crea las bases sociales de apoyo que puedan brindarle estabilidad a su reproducción, y en ello reside su mayor talón de Aquiles: la reproduc-

ción del capital ficticio que no distribuye ingresos sino que, por el contrario, acentúa un fuerte proceso de concentración del ingreso, al girar en falso, sin creación de valor ni de empleos.

No es casual que, después de su comienzo eufórico, los gobiernos que más directamente personificaron la aplicación del modelo neoliberal, fueran derrotados electoralmente y las fuerzas que los reemplazaron tuvieron en las políticas sociales su palanca propulsora, que les da legitimidad y a la vez les permite derrotar a las fuerzas de derecha, a pesar de que éstas disponen del monopolio de los medios de comunicación, lo que les posibilita manipular y forjar una opinión pública opositora. Las relaciones de poder fueron brutalmente transformadas, concentrándose los monopolios alrededor de la tierra –ahora reciclada para exportación de los agronegocios–, de los bancos, de los medios masivos de comunicación, de las grandes corporaciones industriales y comerciales. Los nuevos bloques de clases en el poder contemplan.

La unidad de toda esa gama de sectores del gran capital, bajo hegemonía del capital financiero, aunque aliado a los nuevos sectores globalizados de las clases medias (de cualquier manera minoritarios en ese estrato social), no logró forjar una amplia base social de apoyo. Todo eso se dio a

pesar del papel que empezaron a tener los grandes medios mercantiles, como dirección política e ideológica de la nueva derecha latinoamericana, su capacidad de movilizar y consolidar apoyos en el plano político y a pesar de la inmensa influencia ideológica que poseen.

La mayor victoria ideológica de la nueva derecha neoliberal tuvo lugar a causa de esa influencia mediática, articulada con las campañas publicitarias, de las grandes marcas y todo el estilo de consumo de shopping center, cuyo complemento indispensable se encuentra en la televisión y en toda la nueva industria de la imagen. Sin embargo, lo que más contribuyó con la hegemonía neoliberal fue la enorme fragmentación social y cultural que produce y reproduce en toda la inmensa masa de la población. La promoción del trabajo precario como forma mayoritaria de reproducción de la vida de centenas de millones de personas fue el hecho que más influyó en esa heterogeneidad de las relaciones de trabajo, un panorama económico y social en el que nunca tanta gente vivió del trabajo –hombres y mujeres, negros, blancos, mestizos, indios, ancianos y niños–, sin que ese inmenso caudal pudiera transformarse en fuerza y capacidad organizadora para defender los derechos básicos de aquellos millones de personas en el mundo del trabajo. Dicha fragmentación dificulta la capacidad de

organización, de manifestación, de negociación, de invocación de la justicia, de construcción de fuerza organizadora, social y política, a la vez que debilita la identificación con el mundo del trabajo y su cultura. Como las identidades no permiten el vacío, esa identidad es rellenada por otras –nacionales, étnicas, de género, religiosas, deportivas–, que no se articulan y no dialogan con las identidades del mundo del trabajo, que continúan ocupando la mayor parte de la energía, del tiempo y de la vida de las personas para, simplemente, reproducir sus condiciones de existencia.

Otro factor de la hegemonía neoliberal, ya mencionado, pero que deseo enfatizar, por el papel central que posee, es el de la alienación –una categoría que cayó en desuso, que parece o bien olvidada o bien sublimada, pero que más que en cualquier otro período histórico, juega un rol central en la modalidad hegemónica dominante. La propia pérdida de la identidad del trabajo bloquea la capacidad que las personas tienen de entender el papel de hilo conductor de la mayor de las alienaciones: la de producir el mundo, sin decidir nada sobre el mismo y sin tener consciencia de estar produciéndolo, y, al contrario, estar sintiéndolo como un mundo "ancho y ajeno" Esto facilita la entrega indefensa de las personas a las ideologías de la globalización, que exaltan la tecnología, la competen-

cia profesional, el dinero, la destreza empresarial, como los grandes agentes de construcción de la riqueza y del mundo.

Como resultado de dicha convergencia, nunca antes la humanidad había acumulado tanta capacidad tecnológica para construir "otro mundo", a imagen y semejanza de sus deseos, imaginación y sueños, no obstante lo cual nunca se ha sentido tan impotente frente al mundo, de manera que se le aparece como una realidad que se le impone como si fuera un mundo inevitable, irresistible, ajeno a lo que los hombres y mujeres son en su vida cotidiana e, inclusive, en sus asociaciones y luchas diarias.

Sin embargo, ese espacio vacío es llenado por la ideología del consumo, del mercado, de la competencia, que alimenta el espíritu e incentiva la demanda. El "modo de vida norteamericano" nunca se desarrolló tanto, nunca tuvo tanta influencia, nunca realizó tan ampliamente su capacidad hegemónica.

He aquí los dos principales factores de éxito relativo del neoliberalismo. Pero éste alcanzó otro objetivo: introdujo el tema de la lucha contra la inflación como una cuestión consensual, a tal punto que varios gobiernos elegidos en el rechazo

al posneoliberalismo mantuvieron varios de sus elementos, como la independencia del Banco Central, el pago del superávit primario, la acumulación de gran cantidad de divisas, tasas de interés altas.

Cuenta, además, con la predominancia del neoliberalismo y las leyes del llamado "libre comercio" a escala mundial y también en el plano continental, en donde prevalecen en gran parte de las principales economías: México, Brasil, Argentina, Chile, Colombia, Perú, Uruguay, entre otros.

El pasaje del capitalismo internacional a un largo ciclo recesivo representó, para América Latina, un giro mucho más radical que simplemente una inversión de señal desde el punto de vista económico. A partir de la década del setenta el continente transitó hacia un período histórico sobredeterminado por el pasaje del mundo de la bipolaridad a la hegemonía unipolar imperialista y del modelo regulador al neoliberal. En su combinación, la fractura entre el centro y la periferia se profundizaría, ahora denominada relación entre globalizadores y globalizados.

## LA CRISIS HEGEMÓNICA

América Latina fue el laboratorio de experiencias neoliberales, región en la cual nació el modelo, pero se extendió y asumió sus formas más radicales. Por lo tanto comenzó a sufrir una resaca neoliberal y a constituir un eslabón más débil de la cadena neoliberal, en donde más proliferan los gobiernos elegidos en el seno del rechazo al neoliberalismo, a contramano de las tendencias mundiales.

Dos de sus consecuencias más abarcadoras son la financierización de la economía y la precarización de las relaciones de trabajo, ambas cuestiones conectadas entre sí, la primera siendo una de las fuentes de la segunda. Un modelo que expropió de la ciudadanía social –de los contratos de trabajo– a la mayoría de la población del continente, con las concentraciones de ingresos correspondientes, no consigue organizar bases sociales de apoyo activo, pero logra desorganizar y prácticamente invibilizar cualquier forma de resistencia organizada contra su hegemonía.

En otros momentos de su historia, en períodos diferentes, diversas crisis sociales menos agudas y prolongadas que la actual, han provocado respuestas de movimientos sociales organizados de masas, que se han convertido en casos de excepción en el

marco de la fragmentación social construida por el neoliberalismo. En este período, el descontento social se canaliza hacia otras vías: expresiones religiosas, de violencia –privada y pública, entre otras, como si la energía social no se potenciara políticamente y, por el contrario, fuera neutralizada.

El período se caracteriza por la pérdida de legitimidad de los gobiernos y de los modelos neoliberales, pero al mismo tiempo por dificultades de construcción de proyectos alternativos, ya sea por la fragmentación social mencionada o porque el consenso neoliberal echó raíces, no sólo en las opiniones sociales –como el miedo a la inflación– sino también en los procesos económicos, con los riesgos reales de descontrol monetario, entre otros mecanismos, por el desequilibrio entre producción y consumo –éste potenciado por las políticas de distribución del ingreso– o, finalmente, porque un consenso conservador mantiene el libre comercio como predominante en el mundo.

Por el propio hecho de estar comprometidos en una estrategia de disputa hegemónica continúa conviviendo con el poder privado de la gran burguesía –ya sea como grandes empresas privadas, nacionales y extranjeras, ya sea de los bancos, de los grandes exportadores de agronegocios o de los medios masivos de comunicación privados– que,

por su parte, si no disponen de gran apoyo interno, cuentan con grandes aliados en el plano internacional, especialmente entre los países globalizadores.

En estos países, una onda derechista se ha ido imponiendo a lo largo de las últimas décadas, teniendo como telón de fondo la concentración de poder y de ingresos, lo que provoca que nunca, como ahora, la distancia entre el nivel de vida en el centro y en la periferia del capitalismo sea tan acentuada. En el marco político, si una de las explicaciones para la generalización de los Estados de bienestar en la segunda posguerra era la necesidad de mejorar el nivel de vida de los pueblos de Europa occidental frente a la competencia y eventual amenaza de los países socialistas, esta referencia desapareció y, con ella, se llevó el espacio político de los partidos comunistas, al mismo tiempo que se dio la ruptura de la tradicional alianza que había sostenido a la fuerza de la izquierda en la segunda posguerra: la de los socialdemócratas con los comunistas.

Desde el punto de vista social, mientras los sindicatos se debilitaban con el pasaje del pleno empleo a niveles muy altos de desempleo, el ingreso de los trabajadores inmigrantes a funciones descalificadas en el mercado de trabajo permitió su utilización por parte de la derecha para obtener

altas proporciones –frecuentemente la mayoría– de los votos de los trabajadores poniéndolos en contra de los inmigrantes. La política contra ellos continuó constituyendo una línea divisoria entre la derecha y la izquierda y casi todo el espectro político aprueba nuevas y duras restricciones al ingreso y a la legalización de los inmigrantes, al mismo tiempo que la economía de dichos países entra en recesión y se vuelve a aumentar la jornada de trabajo, que puede llegar a más de 70 horas semanales.

Lo cierto es que nunca el Sur del mundo estuvo tan aislado del Norte. Éste actúa de forma unificada, bajo la dirección norteamericana, en defensa estricta de sus intereses, agregando a toda la Europa occidental, gran parte de la Europa oriental, Japón y, claro está, los Estados Unidos. El Sur del mundo volvió a construir organizaciones propias, desde la organización del Grupo de los 20, pasando por los acuerdos de los BRICs y otros intercambios más recientes, lucha por sus derechos en la Ronda de Doha, se resiste a la apertura indiscriminada de sus mercados a las potencias del Norte, pero lo hace como Sur, sin contar con aliados en el centro del sistema, el cual continúa cohesionado como bloque dominante, en defensa de sus intereses.

El futuro de América Latina en la primera mitad del siglo XXI depende del destino de los gobiernos que actualmente protagonizan procesos de integración regional, se resisten a las políticas de libre comercio de los Estados Unidos, algunos avanzan en pos de la construcción de un modelo posneoliberal, otros flexibilizan el modelo, desarrollando políticas sociales contrapuestas a su debilitamiento por el modelo neoliberal.

La configuración histórica de América Latina es, entonces, la de una crisis hegemónica, en la cual el modelo neoliberal y el bloque de fuerzas que lo protagoniza se desgastan, se debilitan, sólo logran sobrevivir aplicándolo de forma mitigada –como en los casos de Brasil, de Argentina y de Uruguay–, aunque en un marco en el que la construcción de un modelo superador y la construcción de un nuevo bloque de fuerzas encuentra muchas dificultades para imponerse. Lo que denominamos posneoliberalismo es una categoría descriptiva que designa diferentes grados de negación del modelo, sin llegar a configurar un nuevo modelo, al mismo tiempo en que un conjunto híbrido de fuerzas compone las alianzas que están en la base de los nuevos proyectos.

Éste es el origen de la inestabilidad de esos gobiernos, que avanzaron por las líneas de menor

resistencia –políticas sociales e integración regional, esencialmente– con la retirada de las fuerzas que protagonizaron la aplicación ortodoxa del modelo, pero que pasaron a encontrar mayor resistencia a medida que las oposiciones de derecha se recomponían, teniendo a la gran mayoría de los medios masivos de comunicación privados como su dirección ideológica e incluso política. De tales enfrentamientos resultará la fisonomía de América Latina, no sólo en la segunda década del siglo, sino en toda su primera mitad.

¿Cuál es el mejor contexto internacional para el fortalecimiento y la eventual expansión de tales gobiernos? ¿En qué medida su surgimiento y desarrollo cuentan o pueden contar con marcos internacionales favorables?

La historia del surgimiento, consolidación y crisis de la hegemonía liberal ya pasó, en el plano internacional, por tres fases diferenciadas, correspondiendo al predominio de corrientes diferenciadas en los principales gobiernos de las potencias capitalistas. El surgimiento está signado por el tándem Thatcher-Reagan, correspondiendo a sus expresiones ideológicas más fuertes y abiertamente conservadoras, restauradoras, contando con Pinochet como su socio más genuino y teniendo en la acción devastadora del entonces gurú neoliberal

Jeffrey Sachs, destruyendo la economía minera boliviana, una receta de los límites que el nuevo modelo estaba dispuesto a cruzar para imponer sus recetas y su hegemonía.

La segunda fase correspondió a los gobiernos de la entonces llamada "tercera vía", contando con el par Clinton-Blair que, en el eje anglosajón sucedió a sus fundadores, con una versión supuestamente más light del modelo, dado que el trabajo pesado (privatizaciones, predominio sin límites del mercado, apertura de las economías) ya habría sido hecho.

Esta fase revela la extensión del poder hegemónico del modelo ya en los capitalismoes centrales, con la adhesión de gobiernos socialdemócratas a versiones del modelo -contando con Mitterrand y Felipe González como sus paladines más expresivos, con seguidores en prácticamente todos los países de Europa occidental, con el regreso de una mayoría socialdemócrata, ahora revestida de portavoces de la globalización, que incorporaron a Alemania, Portugal, Italia, cerrando el circuito de los más importantes gobiernos de la región.

Fue como si se hubiera dado luz verde para que los gobiernos de corrientes similares -social-

demócratas, nacionalistas— caminaran por la misma senda. Salinas de Gortari y Carlos Menem, por corrientes tradicionales del nacionalismo latinoamericano, se sumaban al MNR de Bolivia, con los gobiernos de Paz Estenssoro y de Sánchez de Losada. La adhesión de los socialdemócratas, principalmente de los que mantenían más relaciones con corrientes similares en el continente, los de España y Francia, abrió la temporada de adhesiones socialdemócratas, que ya había sido iniciada por el socialismo chileno, en alianza con la democracia cristiana, y fuera continuada por el gobierno de Fernando Henrique Cardoso en Brasil y de Carlos Andrés Pérez en Venezuela, a la que adhirieron también los gobiernos de Alberto Fujimori y de Alejandro Toledo en Perú, entre otros.

Aquella coyuntura fue la más propicia para la proliferación de gobiernos neoliberales, en la medida en que combinaba un ciclo —aún más corto— expansivo de la economía de los Estados Unidos, con la llamada "nueva economía" y con gobiernos que pretendían ser una "segunda fórmula" —según la expresión de Perry Anderson (Nota: Ver...), que aparentemente confirmaba el "Consenso de Washington" y el "pensamiento único", asociando un mismo modelo a corrientes históricamente tan diferenciadas como aquéllas que en ese momento contaban con dirigentes de orígenes diversos, como

Pinochet, Salinas de Gortari y Fernando Henrique Cardoso. El justificativo de la "tercera vía" servía de excusa para la adhesión a modelos duros de neoliberalismo por parte de gobiernos que habían estado identificados, hasta ese momento, como modelos de gobiernos de bienestar social. Países que no habían pasado por la fase dura del neoliberalismo –correspondiente a lo que habían sido Thatcher y Reagan en Gran Bretaña y Estados Unidos– como Brasil o Venezuela, adherían a un modelo que teóricamente buscaba una equidistancia entre el mercado y el Estado.

No por casualidad dicha combinación de expansión económica norteamericana –que hasta aquella década, la del noventa, aún tenía peso determinante en la inserción internacional de las economías de la región– y gobiernos de la "tercera vía", fue la que más favoreció la extensión de gobiernos neoliberales –prácticamente con la única excepción de Cuba– a mediados de la década.

La tercera fase corresponde al agotamiento, en 1990, de las ilusiones de que una "nueva economía" permitiría un crecimiento continuo y sin sobresaltos y crisis del capitalismo globalizado, con el fin del ciclo expansivo y el ascenso de George Bush al gobierno, volviendo a imponer un tono más duro en el mando del bloque imperialista, para lo

cual contó con la adhesión del mismo Tony Blair, favoreciéndose un giro conservador a causa del clima de respuesta a los atentados de 2002 en los Estados Unidos. Las señales volvían a cambiar, con políticas agresivas por parte de Washington, sumadas a una economía en estancamiento. A ese factor hay que sumarle el exponencial crecimiento y modernización de la economía chilena y los lazos que rápidamente comenzó a tejer con varios países del continente, contribuyendo decisivamente a disminuir el peso de los intercambios con los Estados Unidos en la región.

Fue en este marco que se multiplicaron, de manera sorprendente, los gobiernos favorables a los procesos de integración regional, con la derrota de los que habían poblado el escenario del continente durante la última década del siglo XX. La sustitución de Clinton por Bush era acompañada por la de los socialistas franceses por Jacques Chirac, por la coalición de centroizquierda italiana por Berlusconi, de Felipe González por Aznar en España, entre otros cambios. En el continente, ello correspondió a la sustitución de Carlos Andrés Pérez y Rafael Caldera por Hugo Chávez en Venezuela, de Fernando Henrique Cardoso por Lula en Brasil, de los gobiernos colorados y blancos por Tabaré Vázquez en Uruguay, de Sánchez de Losada por Evo Morales en Bolivia, de Lucio

Gutiérrez por Rafael Correa en Ecuador, de Nicanor Duarte y el Partido Colorado por Fernando Lugo en Paraguay.

Fueron gobiernos que, al mismo tiempo, expresaban el debilitamiento de la capacidad de liderazgo político y económico de los Estados Unidos y de las políticas de libre comercio en América Latina y protagonizaban un nuevo bloque de fuerzas que se valieron de las nuevas condiciones para inviabilizar el ALCA y comenzar a poner en práctica políticas alternativas. Esta fase correspondió también a la disminución relativa del peso de la economía de los Estados Unidos y al ascenso de las demandas del mercado mundial –con intercambios directos importantes con gran parte de países de la región por parte de China– de economías como la china y la india.

En un momento en que algunos gobiernos de la región enfrentan dificultades para seguir de la misma forma por el camino que habían elegido –entre ellos particularmente los de Venezuela, Bolivia y Argentina–, el cuadro general también produce señales de cambio. Por un lado, la recesión norteamericana hace sentir sus efectos sobre el cuadro económico internacional, muy favorable a las economías de la región, para la exportación de sus productos primarios –en donde el agronegocio

pasó a jugar un papel importante—, si bien no con el peso anterior. Sin embargo, asociada a la elevación del precio de los productos agrícolas y del petróleo, promueve presiones inflacionarias y disminuye el cuadro de demanda de los productos de exportación de varias economías del continente. Por otro lado, la elección de Barak Obama, con el regreso de los demócratas al gobierno de los Estados Unidos, produce una nueva combinación de los factores económicos y políticos en el plano internacional, con efectos probables sobre los gobiernos de la región.

En forma opuesta a la década del noventa, los demócratas no navegarán en una economía eufóricamente en expansión sino que, al contrario de la década que le siguió, el discurso de Washington deberá cambiar, tratando de romper el aislamiento norteamericano que, en una región de dominio privilegiado de los Estados Unidos, representa un elemento de debilidad como nunca antes había enfrentado Washington en la región. Estas transformaciones, junto a los problemas por parte de gobiernos de la región, representan un nuevo desafío para los procesos de integración regional y para la construcción de modelos posneoliberales.

Puede generarse una nueva capacidad de cooptación por parte de los Estados Unidos, apoya-

do en sus aliados tradicionales –Colombia y México, eje al que se suma abiertamente el Perú de Alan García, que acaba de firmar un Tratado de Libre Comercio con el gobierno norteamericano–, mediante un discurso más flexibilizado, que procura atraer a los gobiernos más moderados del bloque de integración regional –como los de Brasil, Argentina y el ya propenso Uruguay– tratando de aislar a los gobiernos de Venezuela, Bolivia, Ecuador y Cuba. O bien los procesos en curso –Mercosur, Alba, Unasur, Banco del Sur, gasoducto continental, entre otros– avanzan, así como la recesión norteamericana favorece la aceleración de la diversificación del comercio regional con países como China y revigorizan las condiciones de consolidación de aquellos gobiernos y de sus proyectos de integración.

Aún se mantiene abierto el diseño que tendrá la resultante de la combinación entre recesión económica con un gobierno democrático, que esta vez no tendrá a su favor la proliferación de gobiernos adheridos a sus políticas neoliberales. Podrá contar con un relativo debilitamiento de gobiernos fundamentales en el bloque de integración, como los de Venezuela y Bolivia. Por tal motivo, la evolución interna en estos dos países se transforma en una de las variables fundamentales en el futuro del escenario político actual de la región, que podrá

contar con Ecuador en velocidad de crucero en la construcción de la nueva institucionalidad constitucional y con la adhesión del nuevo gobierno paraguayo. Se suma a las variables del nuevo escenario que proyectará a América Latina en la segunda década del milenio a la capacidad de recuperación y superación de la crisis del gobierno argentino, así como a la posibilidad de que el partido de Lula resulte electo en 2010, impidiendo el retorno del bloque de derecha al gobierno brasileño y apuntando a una segunda década de gobiernos del nuevo bloque de fuerzas latinoamericano.